



Tes- timonios

Jorge Enrique Molina M.

(1932-1995)

TESTIMONIOS SOBRE EL RECTOR CENTRALISTA QUE PROMOVÍÓ LOS IDEALES DE LIBERTAD, CULTURA, PAZ, DEMOCRACIA Y HUMANISMO, COMO FUNDAMENTOS ESENCIALES DE LA UNIVERSIDAD LATINOAMERICANA.

Ejemplo y enseñanzas de un universitario*

Otto Morales Benítez

Ensayista, exministro de Estado

Estampa del luchador juvenil

Lo conocí hace muchos años. Cuando estaba en la Universidad, tenía yo alguna nombradía política. Por esta circunstancia, mi cercanía a muchos vigilantes jóvenes. Son los años cincuenta de La Violencia que ensombreció -y aún persiste con sus sombras- al país. Pero, además de las muertes en los campos y en los pueblos, los universitarios -entre ellos Jorge Enrique peleaban contra otras formas, igualmente conturbadoras de la violencia: la defensa de la libertad de cátedra; el derecho a analizar la realidad del país en la prensa y la radio, censuradas; a protestar por la destitución masiva de los más calificados profesores en la Universidad; a adelantar la vigilancia sobre el derecho de que se les entregara a los discípulos las diferentes teorías científicas; a que no se rompiera la autonomía de los claustros; para que se abriera la discusión de los asuntos públicos en el Parlamento, silenciado. Igualmente combatían por la defensa de la libertad, en plenitud, para cada colombiano. Era una batalla por el rescate de los bienes y calidades de la patria, mancillados.

Luego, con Jorge Enrique, nos encontramos en diferentes escenarios. Es un largo transcurso en el cual beligeramos por cosas que amábamos. La primera, la fidelidad al liberalismo. Lo recuerdo en su adolescencia, empujado en su brioso aire de combatiente. Hablando de la izquierda liberal cuando el partido tenía ideas. Lo evoco guerreando al lado de Carlos Lleras Restrepo porque creía que el destino político obedecía a unos principios ideológicos, tenía una ética y correspondía a una conducta. Nunca lo desamparó ese sentido del deber moral frente a la patria.

Estamos aquí reunidos hoy para recordarlo como era. Y especialmente para entregar un abrazo de solidaridad y de fraternidad a Gloria, su esposa, y a Jorge Enrique, su hijo, que tantas alegrías vitales, humanas e intelectuales le entregó.

Deberes sociales del abogado

Más tarde lo encontré en la lucha profesional. Gozábamos del privilegio de estar estrenando nuevas formas de derecho social en Colombia. Vimos crecer el sindicalismo. Escuchamos las voces de la solidaridad social. No como ahora que el liberalismo legisla para que las transnacionales tengan el derecho de usufructuar el capital y el trabajo nacionales.

Después lo encontré con un grupo de amigos académicos, de hombres de ciencia, de personas dedicadas a pensar en Colombia, con los fundadores, levantando la universidad.

Recuerdo de Santander, el prócer

Tomó el nombre de Universidad Central que es el comienzo primigenio de las aulas nacionales y retomando el nombre de la gran reforma universitaria, primaria y de educación media que dictó Francisco de Paula Santander en 1820-1826. De allá viene la denominación de los claustros que él regentó por muchos años; es decir, de lo más hondo de la historia colombiana; del momento en el cual esa revolución educativa descuajaba, de un tajo, el régimen intelectual de la Colonia.

En los estatutos de la Universidad está consagrada la obligación de estudiar y difundir la obra de Francisco de Paula Santander. Jorge Enrique Molina amaba a su patria y su tradición. El no invocaba héroes foráneos para convocar la grandeza de Colombia.

Llegó un momento en el cual abandonó todo otro interés. Se dedicó a la universidad. No volvió a tener otro destino. La universidad fué su norte, su alegría, su fuerza. Era la que lo incitaba, lo mantenía alegre, en permanente vigilia del destino colombiano. Ella era para él servicio público, obligación social, repartir las ideas a la intemperie, mantener vigilante el espíritu doctrinario en medio de la reyertas y los agrios combates públicos, sin perder el hilo ideológico de lo que debía conducir a la patria.

* Improvisación en la Iglesia de la Porciúncula, Bogotá, 19 de noviembre de 1995.

Preeminencia de lo humanístico

Luchó y duramente por aquello que fortaleciera lo humanístico de Colombia. Por eso le dio tanta importancia a los departamentos de humanidades y de investigación. Desató una fuerte avalancha de libros, de revistas, de seminarios con el objeto de mantener vivo el espíritu de los claustros para que los agentes se comprometieran con él, combatieran por su permanencia en el tiempo de la cultura, que es constante y se extiende sin límites; para que padecieran con la angustia espiritual, que es la síntesis de la creación; y levantaran la frente de la devoción intelectual. No creía en los técnicos ignorantes ni en los hombres de una sola materia. Por eso predicaba la necesidad de las humanidades; de docentes y profesionales que tengan conciencia de que lo que manejan tiene una fuerza espiritual que impulsa las ideas.

Hombre de combate

Fue un combatiente admirable. Escuchó la lección de Alberto Lleras Camargo cuando en el primer gobierno del Frente Nacional abrió la posibilidad para que hubiera universidades regionales y nuevas aulas en la patria. Alberto Lleras dijo: "Por favor no nos equivoquemos más. No más facultades de las carreras tradicionales de Derecho, Medicina o Ingeniería. Hay que formar las gentes para las nuevas épocas, para los reclamos inquietantes de hoy". Es la Universidad Central en donde las diferentes carreras tienen un signo de la modernidad. Están dando una respuesta actualísima hacia el porvenir de lo que debe ser la universidad contemporánea. Jorge Enrique Molina peleaba ese destino. Beligeraba por éste con decisión y con fuerza.

Por eso mismo se empeñó en que la universidad tuviera una connotación indoamericana. El creía en el continente. En las fuerzas tradicionales de lo que es el pasado y el presente y el porvenir de Indoamérica. Por eso las aulas se ven inundadas de hombres de ciencia, de poetas, de historiadores, de filósofos que venían de nuestros diferentes países.

Recuerdo su alegría intelectual cuando ya en las postrimerías de la vida de Nicolás Guillén pudo traer a éste para que recitara la poesía que marca el son del Caribe. Cuando logró invitar al maestro Leopoldo Zea, sostuvo con éste un largo coloquio, al cual me tocó, por fortuna, asistir, sobre las luchas concomitantes para

lograr la completa liberación intelectual del continente y cómo se lograrían las bases comunes para la integración cultural del mismo, cumpliendo el destino político su deber de que no siguieran prevaleciendo las formas de opresión de nuestros pueblos en lo político y en el predominio de la miseria. Se vería a Jorge Enrique, otra vez, con el mismo aire juvenil de los años 50 y 60. Mucho antes de que los Reyes de España señalaran los deberes que teníamos de celebrar los 500 años, Molina le propuso al maestro mexicano: "Quiero lanzar desde la universidad un texto que abra la discusión de lo que son los 500 años en la cultura de Indoamérica". Leopoldo Zea se entusiasmó y la Universidad Central pudo publicar un libro que se llama "*América como autodescubrimiento*" en el cual se señaló lo que sería el signo de la discusión en torno del "tropezón" de Colón con el nuevo mundo. Leopoldo Zea en ese libro dice: "No nos descubrieron los españoles". Ya lo había dicho también un maestro colombiano, Germán Arciniegas. Al contrario, nos encubrieron. Taparon nuestras culturas, nuestros monumentos, ocultaron nuestras religiones, nos negaron el derecho a tener alma, nos indicaron que no podíamos ofrecer ninguna respuesta que pudiera sugerir signos de inteligencia o asomo de sensibilidad. Nos velaron lo esencial del pasado y de nuestras vidas. Los 500 años nos deben servir para revivir nuestras culturas ancestrales, para proclamar nuestra identidad y autenticidad indoamericanas.

Un incitador intelectual

Ese libro promovido por Jorge Enrique Molina Mariño, abrió la discusión en el continente. Así era: incitador, despertador de conciencia intelectual, hombre que movía las voluntades de la creación espiritual. Amó el continente y luchó por él. Fue fiel a su destino y tenía propósitos grandes hacia el futuro. Por eso alcanzó precisamente la Presidencia de la UDUAL, la institución de universidades de América Latina.

Defensa y extensión de la educación

Luchó profundamente por la educación superior, combatió en los más disímiles frentes, estaba atento a las más insólitas posibilidades. Trabajó duramente, por ejemplo, frente a los constituyentes del año de 1991 cuando se dictó el mayor embeleco jurídico que se haya

concebido en Colombia: la Constitución actual. Pero beligeró por lo que él creía: por la universidad y básicamente por su libertad, su autonomía. Por la posibilidad de que el sistema privado pudiera crear nuevas aulas, abrir posibilidades de estudio.

Luego, ante el Parlamento, utilizó su prestigio y su palabra para su reglamentación. Logró también, con compañeros tan epónimos y tan altos en la inteligencia como Jaime Posada, nuestro actual director de la Academia de la Lengua, decretos, resoluciones y actos administrativos, que facilitarían el fortalecimiento de los medios culturales de la república.

Hay un desborde trastornador

Hace pocos días, durante larga conversación, me dijo: "Esto es bueno: la libertad: tanto la que se consagró en la Constitución como la de la ley. Pero el país se está desbordando y vamos a sufrir graves trastornos si no hay una limitación y un control de la manera como se la está ejerciendo por algunas instituciones que adolecen de rigor académico". Dejo el tema enunciado para que alguien lo tome como reflexión permanente en el futuro.

Por esos combates y esa claridad para los juicios, también él ocupó la presidencia de la educación superior colombiana. El ameritaba lo que es la universidad, su destino, sus obligaciones y su vocación. Por eso mismo también se le consagró, por el reconocimiento que se le ofrecía en

el continente. El pensaba con las tesis de Alberti en 1875 en Argentina, o con las de Francisco Bilbao en Chile, o con las de Luis López de Mesa en Colombia. Estos maestros coincidían en que era necesaria una unidad ideológica en el continente para manejar y enseñar determinados temas, pero sin cortapisas, sin una tendencia exclusiva, con libertad. Pero coincidiendo en unos propósitos culturales. Que de estos surgiera la identificación de Indoamérica. Esta fue su preocupación y su tema. Lo recomendó sin licencias en la prédica y en el tiempo.

Respeto a la inteligencia

Hay otra enseñanza que tenemos que celebrar esta tarde aquí. Fortaleció el respeto de la cátedra, el de los profesores y el de los alumnos. En la Universidad Central hay docentes de diversas tendencias intelectuales, de las más extrañas y de las más peregrinas. Nunca hubo una censura. Nunca levantó un reproche. Nunca impuso una limitación en la transmisión del pensamiento. El creía que las ideas, las tesis, las doctrinas, los principios, las ideologías, debían expandirse y que, del choque con las otras se iban decantando, generando y tomando la fuerza aquellas que le van dando el pulimento a la realidad. Por eso amó la libertad de cátedra. Tenemos mucho que agradecerle los colombianos a Jorge Enrique Molina.

La universidad: concepto integral

Mantuvo su ejemplo de tolerancia que era el ademán natural de su concepción liberal de la vida y de los deberes de la inteligencia.

La universidad no iba solamente hacia lo humanístico, como dije al principio. También él tenía la concepción de la necesidad y vigilancia de los deportes. Por ello el nombre de la Universidad Central aparecía en los diarios y revistas recibiendo consagraciones.

Esta tarde hemos escuchado a la patria en las voces juveniles, en los violines, en las guitarras, saludando la alegría de creador que distinguió a Jorge Enrique Molina. El, también amó la música y le dió un esplendor en las aulas. Iba de lo humanístico abstracto hacia el encanto folclórico. De la meditación filosófica hasta el afán de que la gente tuviera una cultura política. Desde la técnica hasta el manejo de lo más elemental de la vida colombiana. Esa es su gran enseñanza.

**"Jorge Enrique
Molina M. luchó
profundamente por la
educación superior,
combatió en los
más disímiles
frentes, estaba atento
a las más insólitas
posibilidades"**

Sus deportes

Luchó, peleó, combatió y también tuvo algunos deliquios personales, como lo dije al principio. Fue el presidente de la Federación de Ajedrez de Colombia. La Federación Mundial, le hizo miembro honorario. Por eso era un razonador. Tenía la costumbre, que entrega ese juego príncipe, de estar en el momento del lance pensando, determinando, señalando con gestos cómo se lograba el triunfo. Así mismo, indicaba de qué manera se alcanzaba la imposición de las ideas, cómo se merece que la virtud ética y moral vuelvan a ser mandato de la universidad colombiana.

El hombre académico

Estamos celebrando además al académico. Lo fue de la Historia, de la Jurisprudencia. Igualmente, miembro honorario del Instituto Caro y Cuervo. Hizo parte de la Sociedad Bolivariana y de la Sanmartiniana porque él estaba en los frentes de la historia, del derecho, del deporte, de la música. En la defensa de las múltiples formas de la creación colombiana.

Fue hombre de muchas y polifacéticas maneras de ver la vida. Nunca las confundía. ¿Y por qué luchaba por tan dispares afanes? Por amor a Colombia. Nunca se le vió usufructuar indignamente los privilegios que crecían por el hecho de ser Rector de una de las universidades más importantes de Colombia. No hizo alarde ni se aprovechó del reconocimiento que se le entregaba en Indoamérica. Jamás usó mal el nombre de la patria para cubrir ningún acto de su vida porque no conoció ni la mezquindad, ni la vanidad, ni el orgullo falso.

Fue un luchador que cada mañana afilaba las armas de la inteligencia para continuar peleando por un nombre que lo engrandecía espiritualmente: Colombia, su patria, su sueño, su revolución y sus posibilidades hacia el futuro. Y que ello ennobleciera el destino futurista de la Universidad Central.

No hay despedida

Esta tarde no estamos, de ninguna manera, despidiendo a Jorge Enrique Molina Mariño. Repetimos que somos solidarios con él, con su memoria, con su obra, con su ejemplo. El año entrante, la Universidad Central cumplirá 30 años de vida. Muchas horas pasamos discutiendo cómo sería ese programa maravilloso. Sólo quiero contar tres grandes iniciativas: en la calle 22, arriba de

la 7a. de Bogotá, se construirá el centro cultural más importante que tendrá la ciudad. Era un homenaje de la Universidad Central a la capital. Así se engrandecía más el centro histórico de la capital de la República.

Al conjunto universitario que va de la calle 26 hacia la Avenida Jiménez, se le continuará ennobleciendo y mejorando en sus varios aspectos. En la calle 75 ya se van a comenzar las obras que él dejó planeadas: otro centro cultural que resplandecerá para la inteligencia nacional.

La unidad de las universidades del continente

Su gran devoción, la ambición alta y poderosa de su inteligencia y de su capacidad de iniciativa y realización, era lograr la unidad de las universidades indoamericanas. En diálogo de análisis, le dije: es un proyecto demasiado ambicioso. Me respondió: "Sí, es cierto, pero lo he ido tejiendo a través del tiempo. Llevo muchos años viajando por el continente. He ido buscando los contactos y los tengo. Será con universidades abiertas a la integración cultural, que comprendan los matices intelectuales más universales y dispares. Universidades libres: donde la palabra no tenga censura ni por el poder religioso ni por el económico. Congregaremos universidades católicas, populares, de élites o como las quieran calificar, otras con viejos resabios hispánicos". Ellas deben de coincidir en unas tesis centrales para exponer. Orientadas rigurosamente a destacar la identidad y autenticidad del continente. Y que cada cual manejara los temas con libre albedrío dentro del aire ideológico que cada una tuviera, con el contexto doctrinario que se quisiera, pero se hablará un mismo idioma en el continente.

El ejemplo de las enseñanzas

Nos deja abundantes enseñanzas y nos señaló múltiples obligaciones Jorge Enrique Molina Mariño. De la universidad salían libros, brotaba la poesía, caminaba la ciencia. Se levantaban los volúmenes de historia, los de literatura, los de artes. Las revistas más inquietantes de todo tipo, intelectuales, literarias, de exámenes sociales, de investigación, de problemas de la cultura general, de la economía. Ellas germinaban en las manos de Jorge Enrique Molina. El era el motor, el impulsador. El había escuchado en su juventud cuando Jorge Zalamea dijo desde el Ministerio de Educación de Colombia que de la presencia del libro, nacía la permanen-